

gloria inmortal de la cátedra francesa, es preciso, al menos, acordarse del nombre de San Francisco de Regis, sublime Apóstol de la caridad.

Se cuentan por centenares los Jesuitas dignos de honrosa memoria; la historia rebosa de ellos. ¿No los conocía Pascal? ¿O es que los desdeñaba?

Pascal, que se atribuye tan cómicos triunfos, facilísimos, ensañándose, con frases ofensivas y picantes hasta la indecencia, con los pobres y modestos nombres de oscuros religiosos, ¿no había oído nunca pronunciar esos nombres que resonaban en toda Europa?

No hay peor sordo que el que no quiere oír, y todo ciego distingue alguna claridad, excepto el terco que emplea sus propias manos en cerrarse los ojos.

San Francisco de Regis fué el héroe legendario de su tiempo. Cierta domingo entró en una taberna donde algunos mozos alegres habían escogido la hora de Misa mayor para armar escándalo. Quiso predicarles ¿y en qué se ocupó? Censuróse á sí propio. El austero Pascal no hubiera aprobado esto, y menos todavía el arte brutal de uno de aquellos jóve-

nes, que dió una bofetada á Regis. ¡Pero cuántas bofetadas hay en las *Provinciales*, que no las escusa el vino como la de la taberna!

Regis dijo al que le había pegado: «hermano mio, os doy las gracias; he merecido que me trataseis peor; mas pensad en vuestra alma.»

¡Cosa extraña! Temístocles hizo casi tanto, y esa es su gloria; pero hay una diferencia; Temístocles es un héroe práctico, mientras que en un santo.... ¡Eso era abusar!

¿Que sucedió? Que aquellos pobrecillos, borrachos y todo, hincáronse de rodillas; y pidieron perdon. ¡Bonita escena! ¡cosa de Jesuitas! ¡Descomponen fiestas! Otro tunante en lugar de San Francisco de Regis hubiese devuelto el golpe para quedar iguales y no guardarle ódio. Hé ahí la humildad jansenista. El Dios de las gentes honradas no pide más. ¡Veamos! ¡Un poco de indulgencia!

Por mi parte inclinariame voluntariamente del lado de la indulgencia. ¡Y cosa singular! los Jesuitas tambien. ¡Solo Pascal es el que no quiere! ¡Ah! Pascal no era del todo un desalmado, ni sus patronos los Arnauld, alegres perillanes. ¡La indulgencia! ¡Los jansen-

nistas! Hé ahí dos palabras que rabian de verse juntas. De mejor gana mancharian los jansenistas el infierno. Cierto que no puede acusárseles de haber presentado nunca «la otra mejilla;» por un quítame allá esas pajas descargaban un golpe de maza, y su cólera contra los Jesuitas procedía sobre todo de la indulgencia en estos. Francisco de Regis es el ángel de la pureza, tenia á sus ojos una «moral relajada» y una «devocion fácil:» ¡él que cayó muerto bajo su cruz!

¡Libreme Dios de ridiculizar y aún de juzgar las intenciones de Pascal, algunas de cuyas páginas aprendidas por mí en los dias de la juventud, todavía embalsaman mi memoria! Él poseia el estilo de las almas grandes, y tiene párrafos tales, que no conozco nada más bello.

En las mismas *Provinciales*, tan inferiores á su génio, hay cosas admirables; ¡pero qué ponzoñoso es á veces el éxito! ¡Y hasta qué punto la vanagloria del éxito puede rebajar un carácter! En los aplausos de los Arnauld, que nada aplaudian, y en su admiracion á ellos, que á nadie admiraban, se halla el origen del primer desvanecimiento de Pascal.

Los Arnauld proyectaron un libelo; éran famosos por el ódio implacable que se escapaba de sus plumas. Muchos Arnauld pusieron manos á la obra, y habian producido un escrito tan terrible por la saña que respiraba, que se espantaron ellos mismos y Pascal tambien.

Pascal se llevó el manuscrito á su habitacion y allí corrigió, ó mejor, lo escribió de nuevo. Los Arnauld quisieron oírle, leyó Pascal, y los Arnauld, todos los Arnauld, presentes allí, suspensos, admirados y gozosos, cayeron de rodillas, maravillados de encontrarse cara á cara con un pensamiento espuesto con tanta brillantez.

¡Grandes fueron los extremos de los Arnauld, al expresar su entusiasmo por haber hallado más energía en el sencillo Pascal, que en muchos Arnauld!

¡Nada hay tan adulador como este linaje de admiracion arrancado al natural orgullo de los maestros. Pascal aceptaba como sus maestros á los Arnauld. Aquí debo declarar que todos estos Arnauld, no se llamaban Arnauld. Ellos se apellidaban legion; era un convento de Padres Calvinistas, que disimulaban la co-

la; era una bandería, una secta, era Port-Royal. Pascal fué coronado de primera intencion por muestras de entusiasmo, verdadera aclamacion de familia. Las *Provinciales* habian nacido. El protestantismo bastardo, imaginado por Jansenio para envenenar la fé ultrajando el dogma, y la moral; negando la libertad; sustituyendo en la práctica, la caridad por el rigor farisáico, tenia un apóstol incomparablemente grande.

No hay duda que la admiracion es en todas las cosas la mitad del éxito. El éxito de las *Provinciales* fué inmenso, porque admiraron al público más que á los comensales de Arnauld. ¿Cuadraba allí bien Pascal? Aquel de cuyo corazon habian brotado torrentes de fervoroso amor, ¿guardaba en el mismo corazon semejante tesoro de odio infame y calculado? El caso era soberanamente curioso. ¡Y el gran Pascal, el desventurado Pascal, se convertia de improviso en un pobre farsante! ¡El gran Pascal, cambiaba de casaca á usanza de libelista! Esto era goloso, y sus enemigos no era justo le aplaudieran más que sus amigos. Y sin embargo, ¿tenia necesidad de todo esto? ¿No le hubiera bastado el más flaco ó el

más pausado de los Arnauld para colocar á Aristides sobre el plato, y servirlo á aquellos apetitos de Atenas?

He dicho que el jansenismo era un calvinismo disfrazado, y añado, mal disfrazado; el mismo error, con una mentira más. El abate Saint-Cyran decia indignado, hablando de Calvino, á San Vicente de Paul: *Bene sensit, male locutus est; ¡pensaba bien; pero lo expresaba mal!* La familia Arnauld, que habia tomado sobre sí la tarea de traducir á Calvino en su lenguaje pseudo-ortodoxo, fué largo tiempo calvinista, y quedaba calvinista en el fondo. Port-Royal disimulando su bandera, acusaba de hipocresía á los Jesuitas; táctica eterna de la mentira.

Así se esplica la empeñada contienda entre la Compañía de Jesús y la nueva secta. Los Jesuitas combatieron con denuedo, porque se trataba de una cuestion vital para la Iglesia, y para Francia. Anatematizada por la Santa Sede, sospechosa al gobierno, mas profesada abiertamente ó protegida en secreto por un gran número de miembros del Parlamento y de la Universidad, la herejía jansenista, impotente para defender sus averiados errores, ha-

llo medio, gracias á la pluma de Pascal, de atribuirlos imaginarios á los Jesuitas. Las *Provinciales* no fueron más que una broma, que hizo perjudicial la personalidad de su autor. No busqueis en ellas otras cosas.

¿Por qué no respondieron los Jesuitas en el mismo tono? Por lo pronto, ellos no tenían nada de Pascal; pero aunque hubieran tenido un Pascal, habrían despuntado el cortante filo de su pluma.

Sonríome al pensar en tantas sonrisas como acogerán mi afirmacion. No solamente no hubieran suministrado los Jesuitas á su Pascal esa abundancia de textos falsos ó truncados que esmaltan, sino que le habrían dicho: Perdonad como San Francisco de Regis; acordáos de las palabras de Loyola: á nadie haréis daño. Al defensor de la Compañía de Jesús estále prohibido herir, pues lleva el nombre de Aquel, que decia á sus apóstoles: *Odio eritis omnibus propter nomen meum*. Nosotros somos los hijos de Jesús, y en cuanto es dado á los hombres realizar el esplendor de semejante deber, queremos pagar con amor los ultrajes del ódio.

¡Ah! Jesuitas, no lo haceis así. ¡Jesuitas!

¡Jesuitas! ¡Es menester aplastar esas serpientes!

Luis XIV. ¡Gran rey, personalidad la más grande que absorbe un siglo enorme!

Cada uno de los elementos que componen esta gloria es inmenso, y bastaria para hacer ilustre una edad. Con mármoles preciosos y gigantescos construyóse un panteon de formas severas y cuadradas, de altura mediana como el rey, alumbrado por la mediana luz del rey, hecho por el rey, para el rey y semejante al rey; así que en presencia del monumento imponente con sus simetrías, alineado implacablemente y estirado hasta fatigar la vista, se ocurre preguntar: ¿cómo se las hubo el arquitecto real para disimular tantos arranques de soberbia?

Sin nada, en el momento en que sorprendia la muerte á Enrique el Grande, soñaba en levantar una montaña con montañas. Luis el Grande erige una regular columnata sobre terreno llano. Encontrábase en ella bastante alto, y no quiso subir más; ¡fracaso terrible!

De las cenizas de Enrique IV. brotó la voluntad que se llamó Richelieu.

Sobre el sepulcro cerrado de Luis XIV, se rompió su testamento. Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Corneille, Racine, Condé, Turenne cedieron su puesto sin transición á los comensales ateos de Felipe de Orleans, corazón amable, según se dice, espíritu transigente que nos ofrece en su mesa los primeros preludios de la religión de Voltaire.

Poco hablaré del reinado de Luis XIV. Quizá no aprecie en su justo valor el gran papel que los Jesuitas desempeñaron en él. Un sentimiento me falta sin duda, aunque no aquella grandeza que tanto amo. Diré únicamente, que no es invento de ahora la guerra violenta contra la Santa Sede. No hay que engañarse: la Revolución se ocultaba ya en germen entre los girones del absolutismo. Aquel á quien se acusa de haber exclamado un día: «El Estado soy yo;» si dijo eso, el día en que lo dijo desafió la tempestad.

Los Jesuitas tuvieron el peligroso honor de confesar á Luis XVI; debía ser esto tarea pesada y molesta. Fácilmente se alcanzan las dificultades de los guardianes de una conciencia tan ancha y tan estrecha á la vez, que soñó en significar al pecado vistiéndole de

etiqueta y ennoblecer al escándalo dándole aires de majestad.

Este rey, es cierto, mostróse grande en el infortunio, y entonces fué cuando se dejó sentir la influencia de los hombres de Dios. La historia, con justicia, le cuenta entre sus glorias, por haber sido mediante la voluntad de la Providencia, el alma de todo un pueblo de genios; pero soy de aquellos que no le perdonan el haber manchado armoniosamente, con solemnidad, casi religiosamente, el robusto tronco del trono legítimo, en una disolvente ilegitimidad, con lo cual se pudrió y estalló en pedazos un siglo despues, bajo la santa castidad de Luis XVI.

Menos todavía hablaré de la regencia, castigo inmediato de los errores de Luis XIV.

En cuanto á Luis XV, príncipe verdaderamente desdichado, que murió de vergüenza, como sus abuelos habían vivido de gloria, fuerza será que nos detengamos en su reinado que vió á la liga de reyes, ministros, Parlamentos, cortesanos y filósofos, poner sitio á la Compañía de Jesús, obra avanzada de las fortificaciones de la Iglesia, y tomarla al fin en el fragor de un asalto general.

Puede decirse que la guerra existía desde la misma hora en que nació la Orden. Todo lo que era revolución, sensualismo, duda, incredulidad y sobre todo heregía, franca ó encubierta, odiaba á aquellos campeones *intransigentes*,—aún no se había inventado la palabra—de las creencias ortodoxas, de la obediencia y su espiritualismo.

Ellos tenían á raya á los austeros farsantes del parlamentarismo, con preferencia, si cabe, á los partidarios francos de la nueva filosofía, y así era menos envenenado el ódio que les profesaban los protestantes sinceros, que la sorda rabia que abrigaba en su corazón hipócrita, la posteridad siempre enmascarada de Jansenio: la misma que Moliere ha retratado en su *Tartufe*.

A la sazón sus falsos apóstoles, cuyo pecado y cuya desgracia consistía en desconfiar como Judas de la Bondad infinita, y en gritar escandalizados, viendo derramar á los piés de Jesús el vaso entero lleno de preciosos perfumes, agrupábanse al rededor del trono.

En las capillas de Palacio, del Parlamento y aún del Clero mismo,—pues el Cardenal de Noailles contaba numerosos partidarios,—

abundaban esos crucifijos en que se representa á Dios con los brazos levantados en alto, y no estendidos; para figurar la blasfemia atribuida calumniosamente á San Agustín, por el abate Saint-Cyran, á saber: «Jesús no murió por todos los hombres, sino por solo unos cuantos.»

¡Jesús! ¡el amor inmenso! ¡la caridad absoluta, escatimando sus beneficios y limitando su misericordia! ¡El hijo de Dios, padre de la verdad y de la igualdad verdadera, escogiendo á los privilegiados, y menguando la divina anchura de sus alas, para cobijar el menor número posible de corazones! ¡Aberración de la soberbia jansenista! ¡Demencia de las pretensiones oligárquicas!

Porque no es posible dejar de advertir enseguida, que la gente más implacable en punto de *aristocracia*, es cabalmente la que enciende todas las revoluciones; la casta de los Arnauld, la terrible camada doctrinaria y del justo medio, enemiga de todo lo que está por encima de ella, y de todo lo que se halla por bajo de ella, demoliendo con una mano y oprimiendo con la otra, y perdiendo á intervalos la sangre fría, hasta desencade-

nar lo de abajo contra lo de arriba, especulacion de que vive hace ciento cincuenta años, y de que muere la pátria.

La autoridad se llamaba la córte, que apenas valia, sumida como estaba en el desprecio. La regencia habia traducido en el lenguaje de la obscenidad el fastuoso poema de los errores de Luis XIV; de ese lugar maldito, el Palais Royal, asqueroso retrete de donde se escapaba el eco de canciones ateas; deramóse por Europa el viento del contagio, y la infancia de Luis XV respiró aquella peste. Francia marchaba á la cabeza de esa carra de prestigio monárquico, y las demás naciones la seguian tropezando en el mismo cenagal.

Quedaba un solo rey: María Teresa. Pero como sus intereses eran encontrados con los de Francia, veia con gusto al sucesor del gran enemigo de la casa de Austria, al heredero de Enrique IV, arrastrado por la corriente como cosa perdida que va á sumirse en el abismo.

Cuando el duque de Choiseul se encargó de la direccion de los negocios, oyóse por primera vez, desde la fundacion de nuestra

monarquía, que un ministro francés estaba sobornado por el extranjero, y los que aseguraban esto, añadian que la pension era pagada por Austria; Prusia tambien pagaba otras pensiones, y el proverbio: trabajar por el rey de Prusia, nació en aquellos tiempos en que un duque y par, mariscal de Francia, edificó un palacio con dinero de procedencia tal, que la casa conserva el nombre de «Pabellon de Hannover.»

Pero todavía era posible que bajase más el nivel del amor pátrio, pues en nuestros dias, en París, un hombre, un escritor ilustre, felicitaba públicamente á los prusianos en tiempo de la guerra; y con todo, no perdía la popularidad; al contrario, estaba de moda entre los *poetas* arrastrar por los suelos á nuestros generales tegiendo guirnaldas, y no grátis, al vencedor de Rosbach. Los *poetas* que así obraban, no eran Jesuitas.

¿Y entre tanto, qué sucede en Roma? A través de las edades, un espíritu profético ha inspirado siempre la Cátedra de San Pedro, y el presentimiento de la convulsion que iba á trastornar el mundo, pesaba sin duda sobre el afligido corazón de los Soberanos Pontifi-

ces. Con la mirada luminosa de la fé, veían oscurecerse en todas partes lo que fué un tiempo gloria de la familia europea; y la Iglesia, prosternada, contemplaba con pena el mar de ignominias, cuyas hinchadas olas rodeaban los tronos antes de devorarlos.

Un dia madame de Pompadour, Mecenas hembra de la filosofía, que por su antojo encerraba las gentes en la Bastilla, y allí sin remordimiento las dejaba arrancar piedras con sus uñas hasta que morían, la que ayudó á Choiseul á hacer traicion á Montcalm en el Canadá y á perseguir á Dupleix en la India, antes de dar muerte á La Bourdonnais á fuerza de disgustos y á Lally-Tolendal en el cadalso; una mujer por lo demás encantadora, que protegía los espíritus fuertes, y se mostraba complaciente con Voltaire hasta permitirle algunos madrigales en sus momentos de buen humor, un dia, digo, tomó madame la marquesa de Pompadour la extraña idea de *cumplir con el Precepto Pascual*.

¿Por qué? Se ignora. Pretenden algunos que esta veleidad procedía de Luis XV, que

guardaba en el fondo de su triste vida un resto de *supersticion*.

Pero siempre resulta, que madame de Pompadour, perdonando á Dios, quería hacer la merced de recibirlo, aunque sin aparato, con negligencia. En lo que toca á purificar su conciencia, ya era otra cosa, lo mismo que en lo de abandonar su puesto, que valia como emolumentos el destino de M. de Choiseul.

Informóse de lo que tenia que hacer para llevar á feliz remate este *negocio*, que segun ella habria levantado el crédito de la Religion. Las mujeres de su especie se ven rodeadas por la más vil categoría de aduladores; alguno de ellos hubo de decirle, que ejecutaba un acto de bondad, toda vez que ella podia pasarse sin Dios, y Dios se consideraria muy dichoso por hallar gracia en una persona de su importancia. Los Sacerdotes, se le dijo, exigen otros requisitos á las personas vulgares; pero sabido es, que madame de Pompadour, la prima de Maria Teresa de Austria, y protectora de M. de Choiseul, no puede ser tratada como una simple princesa de la sangre. «Poned condiciones; que de antemano serán aceptadas.»



Y adviértase, que la desenfrenada charlatanería de los cortesanos se acercaba más de lo que ellos creían á la verdad misericordiosa y espléndida. El Crucifijo de los católicos estendiendo sus brazos tan grandes como son. Si Antonieta, ó la mujer de Defiolles, la marquesa de Pompadour, la princesa de Neufchatel, criatura vergonzosa entre las más vergonzosas de esta innoble época, hubiese encontrado en el fondo de su corazón un átomo de arrepentimiento, los brazos de aquel amor inmenso se habrían cerrado para estrecharla y bendecir su penitencia.

Y entonces todo hubiera sido tan cierto como el Evangelio en las burlescas afirmaciones de los papagayos de la corte. *Dios se consideraria dichoso*, muy dichoso, el Dios Infinito y Eterno, por haber hallado gracia en la pecadora. Y no hubiera habido en el mundo un Sacerdoté capaz de exigir de ella, veneno viviente, ramera escandalosa, más de lo que se hubiese pedido á una pobrecilla y humilde pecadora. El ejemplo de María Magdalena la habia precedido.

Pero faltaba el corazón en aquel cuerpo de cortesana envejecido por los años y veterano

en la infamia. María Magdalena habia amado mucho; madame Pompadour habia comerciado mucho, odiado mucho, corrompido mucho. Venia de raza judaica, y lo que proponia al cielo era una compra.

Comprendíalo tan bien, que vacilaba.

Dícese, que en estas circunstancias, el duque de Choiseul, el filósofo de Estado, que arruinaba nuestras colonias, que mataba de hambre nuestros soldados en campaña, y que reducía las provincias á la desesperacion para pagar los monstruosos *gajes* de la favorita; dícese, que este hombre, digno de profunda compasion, causa evidente de todos los desastres de Francia; este hombre, que sufrió el castigo supremo de ser adulado, él, ministro de reyes, por los asesinos de reyes, proyectó arrojar los gérmenes de un odio instingible en el bajo espíritu de aquella mujer perdida. Tenia necesidad de ello.

Así, pronunció á los oídos de madame de Pompadour esta frase: ¡Compañía de Jesús! El célebre lugar comun de la calumnia jansenista, la *moral relajada* de los Jesuitas, colocóse naturalmente sobre el tapete. Los que Pascal habia acusado de una devocion *fácil*,

sabrian allanar todas las dificultades y *arreglar las cosas* del modo conveniente á sus intereses. Lo cierto es que madame de Pompadour se dirigió á los Jesuitas demandando su complicidad en la perpetracion de un sacrilegio.

Se ha dicho que indignados aquellos, rechazaron violentamente tamaña pretension. ¡Es falso! La indignacion de los Padres fué muda, porque su conciencia estaba tranquila. De todos los documentos aparece, que estos, recibieron á la marquesa de Pompadour con la compasion debida á su ignorancia, y á su miseria moral; dijéronle lo que se dice á todos en el tribunal de la penitencia. Si como parece inferirse de la apelacion que llevó hasta los piés de Su Santidad, ella entabló y siguió en efecto una negociacion sacrilega, tambien resulta de la misma apelacion, que fué denegada con la firmeza llena de mansedumbre que en semejantes casos se emplea con cualquiera pecadora, tan falta de la educacion religiosa más rudimentaria, que osa reclamar un puesto en el convite del Esposo sin haberse aderezado antes con el traje nupcial. No se debia menos, ni se podia más.

Mas á pesar de la forma bondadosa en que se dió la negativa, no la perdonó madame la marquesa, y la pérdida de los Jesuitas fué jurada. La historia entera abunda en grandes catástrofes, producidas á veces por las causas más despreciables.

Ya hemos dicho algo de los establecimientos ó *reducciones*; esas pequeñas repúblicas modelo, fundadas por los Jesuitas en las dos Américas, y que segun el unánime sentir de los escritores protestantes y de los filósofos, realizaban la edad de oro en aquellos dichosos países tan apartados de Europa. Fenelon no tuvo más que pintar su aurora, para hacer el cuadro de Salente, y más tarde Bernardino de Saint-Pierre, despues de Juan Jacobo, tomó de allí los encantadores rasgos de sus *Estudios sobre naturaleza*. Las más famosas entre todas las *reducciones*, eran las del Paraguay y Uruguay, que Pombal debia destruir; y tambien las habia en las Antillas. Pues bien; nadie hubiera creído que esta obra civilizadora, apreciada y alabada universalmente, tornárase para la Compañía de Jesús en germen de enfermedad y de muerte.

Y, sin embargo, fué así: La desavenencia de

madame de Pompadour era una de esas ocasiones que había que coger por los cabellos, y para aprovecharla, el ministro director agarróse como á su presa al primer pretexto que se le presentó. Dejemos hablar al historiador protestante Sismonde Sismondi: «Los establecimientos en las misiones, donde trabajaban los convertidos indios, dice el escritor genovés, para un fondo comun, administrado por los Jesuitas, hicieron cargar á estos religiosos con una administracion económica inmensa, que era la de alimentar y vestir á todo un pueblo..... (1) El Padre de Lavalette, francés, procurador de las misiones en la Martinica, era á quien allí estaban encomendados tan vastos intereses mercantiles, pero muchos de sus barcos fueron apresados por los ingleses en 1755, cuando sin prévia declaracion de guerra se apoderaron por sorpresa de toda la marina mercante de Francia.»

Tal fué el punto de partida, expuesto con

(1) «La intervencion de los Jesuitas era necesaria, sobre todo, para proteger la sencillez é ignorancia de los indios contra la codicia de los traficantes europeos.» Ad Archier, *La Comp. de Jesús*, pág. 257.

sinceridad por un autor que no podrá ser tachado de parcial en favor de la Compañía. Más tarde, es cierto, las cosas se agravaron. A ello contribuyeron los excesos del Gobierno inglés, nacidos del menosprecio en que había caído Francia bajo la administracion de Choiseul.

Piés extranjeros pesaban sobre nuestro cuello, é Inglaterra pagaba así las complacencias de nuestro humillado ministro. La responsabilidad de la desgracia ocurrida á la marina mercante en general, y á la flotilla de la Martinica en particular, á la administracion era imputable, la cual, por añadidura, lejos de prestar ayuda á las innumerables víctimas de su impericia, las abrumaba más y más con su rigor.

El Padre Lavalette, despojado de un capital enorme de que no era otra cosa que administrador, cometió el yerro imperdonable de desobedecer á las *Constituciones*. Especuló para cubrir el vacío de la caja comun, y sus especulaciones fueron desafortunadas. Entonces sus acreedores le acosaron, mezclando en la causa á la Compañía. Pero antes de juzgar este proceso, en el cual la parcialidad del Par-

lamento, como era su costumbre tratándose de Jesuitas, buscó y encontró pretexto para adular á un tiempo la cólera reciente de la favorita y el ódio inveterado del ministro, dejaremos á París para atravesar la frontera de Portugal, donde Pombal, «el gran marqués,» libraba con la Compañía de Jesús la batalla primera y decisiva, que tan desastrosa influencia tuvo sobre la situación del Instituto en Francia y en el mundo entero.

Y así, como por la mano, el orden cronológico de los acontecimientos nos lleva á dar paso al tigre real, que se adelanta á los lobos y las zorras para acochar la presa, y hacer en ella un destrozo de Santos y de mártires.

#### POMBAL.

«Lo que hay de más extraño, dice Voltaire, en su desastre (el desastre de los Jesuitas), es que en Portugal fueron proscriptos por haber degenerado de su Instituto, y en Francia, por conformarse á él en demasia» (1).

Extraño se toma aquí en el sentido de curioso, agradable y divertido.

Y con efecto, la Europa filosófica se divirtió mucho con esta aventura, sin descuidar por eso calificar duramente de vez en cuando y así como de broma, á los verdugos que tanta sangre derramaron, y herir con sarcasmos á los demoleedores imprudentes que redujeron á polvo tan memorable edificio, fortaleza de la monarquía durante dos siglos.

Entusiasmada como estaba la Enciclopedia,

(1) *Siglo de Luis XV*, t. 22. *Obras*, p. 354.